

N O T A S

Pease G. Y., Franklin: *El dios creador andino*. Mosca Azul Editores. Lima, 1973.

A la escasísima bibliografía científica sobre la cultura religiosa de la antigua sociedad andina, viene a sumarse otro trabajo sustancial, *El dios creador andino*, cuyo autor es Franklin Pease García Yrigoyen, director del Museo Nacional de Historia, profesor en la Universidad Católica de Lima, pero, sobre todo, etnohistoriador.

No es el primer ensayo que escribe sobre esta problemática, sino uno más en su ya fructuosa producción investigatoria, donde volvemos a observar cómo el tema religioso es tomado por Franklin Pease como pórtico de penetración al estudio de las estructuras sociales andinas. Por medio de la cosmovisión nativa, quiere y logra descubrir la organización del pueblo andino prehispánico e incluso bajo la dominación colonial de España. He ahí por qué ha elegido ahora al Apo Con Ticse Huiracocha Pachayachachi, el dios creador del viejo Perú, para a través de él llegar al tema nuclear de la cultura andina, ya que, según sostiene, en torno a esta divinidad giraron indesligablemente las formas sociales y políticas del Tahuantinsuyu. Hecho que forzosamente lo conduce a realizar un examen claro y ordenado de los cambios que ha experimentado el mito de Huiracocha desde el siglo XIV al XX; primero como el dios creador, omnipotente y omnipresente de los tiempos pre-incas, luego su solarización durante el incario para terminar con el Incarrí actual, que encierra ya un profundo trasfondo mesiánico. Son cambios que se deben a los trastornos políticos y sociales ocurridos en diferentes épocas, en las que los chamanes y las minorías dirigentes lo han reinterpretado y/o reelaborado para dar solidez a sus nuevas estructuras económicas, sociales y políticas para el control de masas.

Los resultados laudables a los que arriba Franklin Pease se deben a sus hábil manejo de las crónicas quinientistas y seiscientistas, y de las fuentes lingüísticas, etnológicas y arqueológicas, a la par que a su pericia antropológica, sin los cuales, en realidad, ahora es ya imposible comprender ni hacer la etnohistoria de la cultura antigua de los Andes. He aquí la razón del por qué forzosamente tiene que utilizar como guías permanentes las obras de Juan Díez de Betanzos (1551), Pedro Cieza de

León (1554), Pedro Sarmiento de Gamboa (1572) y Cristóbal de Molina el Cuzqueño (1575), quienes no solamente dejaron informaciones más o menos amplias sino también incontaminadas de elementos culturales europeos, influjo del que no escaparon, paradójicamente, ni el Inca Garcilaso (1609), ni el Pachacútec Yamqui Salcamayhua (1613) ni Guamán Poma de Ayala (1615).

Así es como Pease aclara varios aspectos sobre los poderes sobrenaturales y las relaciones del hombre con los dioses. Pero en tal forma que no lo hace repitiendo literalmente las trilladas y archiconocidas versiones añejas, que invariablemente encontramos en los textos que continuamente salen a la venta. Así por ejemplo, son muy importantes los argumentos documentales y lingüísticos que manipula para rebatir a John H. Rowe, quien afirma que Huiracocha es un dios muy moderno, que se originó en el Cuzco a mediados del siglo XV. Para Franklin Pease es un dios muy antiguo. Y así lo es en efecto de conformidad a las fuentes arqueológicas. Otro aporte nuevo es el referente al prestigio sacralizado y categorizado de los cuatro Suyos con repercusiones en la división dual de anan y de urin. Asimismo sus explicaciones sobre las cuatro edades cíclicas por las que pasó la humanidad andina son valiosas y frescas.

Sus apreciaciones sobre Incarrí y los movimientos mesiánicos, acerca de los cuales ya se viene hablando desde 1956 en que José María Arguedas trató de ellos en un trabajo referente a la cultura de los ayllus de Puquio, también son notables, porque proporcionan nuevas evidencias gracias a un examen más exhaustivo de las informaciones de Cristóbal de Albornoz (1565-1584), publicadas por Luis Millones Santa Gadea (1971). Pease aclara, y este es otro de sus últimos aportes, que el mito de Incarrí surgió en la década de 1560, la fecha del Taquioncoy, conclusión a la que nosotros también hemos llegado independientemente utilizando fuentes distintas. Otra clarificación es que el Taquioncoy no tiene nada que ver con el renacimiento del inca ni del incario, sino más bien con el de las culturas regionales y populares.

Los etnohistoriadores y los antropólogos mucho elogian al Taquioncoy y a cualquier otro movimiento nativista o mesiánico de los pueblos oprimidos. Pero no hay que olvidar que hasta hoy nadie se ha preguntado si esa conmoción representa un avance o un retroceso en el proceso histórico del Perú. No hay que soslayar que los levantamientos mesiánicos, como su nombre lo señala, persiguen el retorno al pasado, por creerlo mejor que el presente y el futuro. Y esto, dialécticamente, es inaceptable. No son pues cambios revolucionarios, sino retrocesos reaccionarios.

Por lo tanto, no hay que entusiasmarse demasiado con el Taquioncoy ni con otros pronunciamientos similares de los años posteriores.

Sin embargo, hay actualmente personajes que sin turbación alguna se hacen autopropaganda utilizando a Incarrí; por ejemplo, y esto no debemos ignorar, Fernando Belaúnde Terry se sentía Incarrí en cierta época. Así le escuchamos alguna vez en Huancayo; pero lo cierto es que nadie desconoce el fin que tuvo su gestión gubernamental. El Taquioncoy, ade-

más, es un baile agotador que siguen ejecutando para conseguir salud los ancianos atacados de enfermedades síquicas en determinadas aldeas huancas de la Sierra Central.

De todas maneras en este libro de Franklin Pease muy bien meditado y escrito, quedan otras lagunas e hipótesis por resolver y/o dilucidar. Como por ejemplo, esa de que si Huiracocha es o no superior a la divinidad solar. O aquella otra de que el dios creador sólo recorrió el territorio del Perú hasta Huarochiri a partir del Titicaca; afirmación discutible por cuanto hay versiones respetables de los siglos XV y XVII que aseveran haber llegado hasta Quito y Quixos. Falta asimismo un examen comparativo con otras deidades andinas: Con, Catequil, Pariacaca, Huallallo, Carguancho, etc. Pero no dudamos que Franklin Pease lo hará.

También notamos cierta ausencia de exégesis y de interpretación en lo tocante al mito de los Pururaucas. Pease se concreta a exponer que las piedras se convirtieron en hombres, y nada más. Sin embargo, allí podemos percibir que en la creación del mito de los Pururaucas se ocultan a los refuerzos militares llegados tardía e inesperadamente de los curacazgos vecinos en defensa del Cuzco en la ofensiva antichanca, porque la lucha a favor del Cuzco significaba la protección de todas las etnias que la rodeaban.

Seguramente, los inconvenientes con que topamos para poder calar el trasfondo de los hechos se debe a que los autores de los siglos XVI y XVII, cuyas fuentes siguen siendo las únicas para conocer el pasado, acopiaron datos para destruir la religión andina y no para estudiarla. De todos modos, son fuentes que sin ellas ahora no sabríamos nada. Pero tenemos esperanzas de que en cualquier momento se puedan encontrar las extraordinarias informaciones que en las centurias citadas se hicieron acerca de Tunapa y de Huiracocha, sobre las cuales habla repetidamente el cronista Alonso Ramos Gavilán. Pero no debemos pasar por alto de que será difícil arribar a un conocimiento total de la cultura religiosa andina, debido a que la mayoría de sus mitos cosmogónicos y antropogónicos no fueron recopilados a tiempo, no obstante de ser uno de los temas que más ha preocupado desde el mismo siglo XVI.

El autor de *El dios creador andino* pertenece a un grupo de estudiosos que, desde hace un buen número de años, se dedican a desentrañar con técnicas y métodos científicos la historia de la cultura antigua de los Andes. Pertenece, pues, al grupo de María Rostworowski de Diez Canseco, Emilio Choy, Edmundo Guillén, Luis Millones, Medardo Purizaga y otros más, cuyos éxitos se deben precisamente a que saben combinar inteligentemente las fuentes arqueológicas, etnológicas, lingüísticas y documentales existentes, todas ellas enfocadas desde el punto de vista de la antropología social, sin la cual, evidentemente, ya no es posible ahora descubrir los trasfondos económicos, políticos, sociales, etc., de la cultura andina. He ahí por qué este elenco de investigadores escapan a las formas tradicionales de la mera narración y descripción que, por muy bellas que sean, en el fondo no dicen nada. Justo, a aquello lla-

mamos etnohistoria en el Perú, cuyas técnicas y métodos introducidos por Luis E. Valcárcel y José Matos Mar, ahora se tratan de implantar en países donde las fuentes y los grupos étnicos así lo permiten. Es un ejemplo que ningún estudioso de la cultura antigua del Perú debe marginar, para no caer en la versión fofa, incompleta, tergiversada y espectacular. Ellos son autores que siempre ofrecen evidencias nuevas y espectantes, aparte de contribuir con novedosas interpretaciones que cada vez se aproximan más a la verdad, aunque, como es lógico, desde diversos ángulos de acuerdo a sus ideologías políticas y tendencias religiosas. La influencia de Jensen y fundamentalmente de Mircea Eliade, por ejemplo, es innegable en el pensamiento y en la obra de *El dios creador andino*.

Si el éxito y el prestigio de un trabajo de investigación se mide, no por los comentarios y elogios periodísticos y revisteriles, sino por las citas y referencias que de él hagan otros científicos, estamos seguros que *El dios creador andino* correrá tal suerte, porque este libro, que presenta Franklin Pease como a una autoridad en religión antigua del Perú sólo es equiparable al Wiracocha de Julio C. Tello (1923) y al Coricancha de Lehmann Nitsche (1929).

Waldemar Espinoza Soriano

Wachtel Nathan: *Sociedad e Ideología. Ensayos de historia y antropología andinas*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1972.

Hace años que viene planteándose la necesidad de revisar las bases sobre las que se estructuró la historia peruana a partir del momento de la invasión europea. En 1970, un artículo de John V. Murra (1), publicado en español al mismo tiempo que se realizaba el Congreso de Americanistas de Lima, reclamaba una atención diferente de los historiadores sobre los comienzos de la dominación española en los Andes. Diferentes documentos publicados desde 1964 (como la *Visita* hecha a Chucuito por Garci Diez de San Miguel) venían planteando problemas y soluciones imprevistas a los estudiosos del siglo XVI peruano. Frente a este contexto de revisión y planteamientos, aparece ahora un nuevo libro del historiador francés Nathan Wachtel: *Sociedad e Ideología. Ensayos de historia y antropología andinas*, publicado por el Instituto de Estudios Peruanos, que inaugura así una nueva serie de historia andina, añadiéndola a su ya prestigiada colección.

La preocupación esencial de los nuevos estudios, como éste, es sin duda buscar no sólo nuevos hechos, sino los elementos conceptuales que hagan posible replantear los ya conocidos. Hablar de la visión de los ven-

(1) MURRA, John V: "Investigaciones y posibilidades de la Etnohistoria andina en la actualidad". *Revista del Museo Nacional*, Tomo XXXV, Lima, 1970.